

**DISCURSO DEL DR. ALFONSO PRUNEDA, SECRETARIO PER-
PETUO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA,
LEIDO EN LA SESION EN QUE FUE RECIBIDO EL DOC-
TOR HENRI ROGER, DECANO HONORARIO DE LA FA-
CULTAD DE MEDICINA DE PARIS.**

Una vez más, la Universidad, nuestra Facultad de Medicina, el cuerpo médico mexicano, nuestro estudiantado médico y nuestra Academia Nacional de Medicina, tienen la honda satisfacción y el honor insigne de recibir, con los brazos abiertos y con el mayor cariño, a uno de estos ilustres y preclaros embajadores de la inteligencia que, casi año tras año, nos envía la tres veces gloriosa Francia, patria augusta de Rabelais y de Paré, de Bichat y de Tillaux, de Broussais y de Laennec, de Claudio Bernard y de Pasteur, de Pinel y de Trousseau, de Fournier y de Bouchard.

Iniciando esta fecunda corriente de acercamiento intelectual, estuvo entre nosotros el respetable profesor Dumas, psicólogo y cate-drático eminente, que en México como en otros países supo avivar, después de la guerra, el interés por la cultura francesa. Después de él, nos deleitaron con su atractiva y vigorosa personalidad y nos nutrieron con su fecunda palabra pletórica de ciencia y de experien-cia, dos grandes maestros, el inolvidable doctor Gley y el insigne psicólogo Janet, que habrían de dejar entre nosotros huella imperece-dera. Todavía ayer, oíamos la voz magistral del profesor Vaquez, el eminente cardiólogo, y del sabio Nicolle que, llevado de su afán de investigación, vino a poner su ciencia al servicio de México, contri-buyendo a un mayor conocimiento del tifo exantemático y a una me-jor defensa contra él. Y hoy, nos visita el ilustre decano honorario de la Facultad de Medicina de Paris, el insigne profesor de patología experimental y de fisiología, doctor Henri Roger, a quien esta Aca-demia abre sus puertas con viva satisfacción y saluda con afecto y cordial respeto.

Afortunados hemos estado, en verdad, porque nos ha caído en suerte conocer y tratar personalmente a sabios que ya teníamos por nuestros maestros y cuyas obras ocupaban ya lugar predilecto en nuestras bibliotecas. Y, sobre todo, nos hemos regocijado porque, viviendo entre nosotros por algunos días, que nos han parecido muy breves, nos han hecho la merced de su saber, vivo y palpitante, permitiéndonos recoger, ya no la enseñanza un tanto fría del libro, sino la cálida y sugestiva que significa la voz del maestro. Sabios reconocidos y catedráticos de fama todos ellos. Observadores sagaces y experimentadores de primer orden. Distintos en su personalidad, siempre fuerte y bien delineada, pero semejantes en lo que en ella pone el genio francés, encarnación exquisita y sobresaliente del genio latino. Por ellos y con ellos, nos hemos sentido unidos más que nunca en todo lo que este aspecto latino significa, de deber y de responsabilidad, y nos hemos considerado más resueltos a aportar lo que podemos y debemos dar de nosotros como contribución propia a la cultura y a la civilización.

El profesor Roger llega a nosotros, tal vez más que sus ilustres compatriotas, como un antiguo conocido, como un consejero siempre oído, como un maestro respetado y respetable, con quien nuestros profesores, nuestros estudiantes y nuestros médicos, tenían ya estrechas y provechosas relaciones intelectuales. Su nombre, breve y sonoro, lo conocíamos y nos impresionaba tan agradablemente como los de Tillaux, de Landouzy, de Widal, de Richet, de Dieulafoy, de Bouchard, y de tantos otros maestros cuyas obras, clásicas ya en la medicina, siempre son consultadas con provecho y hojeadas con delectación.

Sabíamos que había nacido en la vieja Lutecia, en ese foco único de pensamiento y de acción que se llama París, y que por nacer y vivir ahí tenía lo mejor del espíritu "parisiense". No ignorábamos las principales etapas de su carrera científica, de progresión constante; en 1878, iniciación de sus estudios médicos; interno de los hospitales en 1883; doctor en medicina en 1887; agregado de la Facultad de Medicina en 1892; médico de los hospitales en el mismo año; profesor de patología experimental en 1904; miembro de la Academia de Medicina en 1910; decano de la Facultad de Medicina de París en 1917; profesor de fisiología en 1925 y, por fin, decano honorario de la misma Facultad.

Teníamos noticias, porque su vida nos interesaba cual de un maestro querido, de que en todas esas actividades el profesor Roger había puesto y seguía poniendo siempre todo lo que forma su atractiva y fuerte individualidad: su profunda cultura, su clara inteligencia, sus dotes indiscutibles de observación y de experimentación, su pericia en el arte médico, sus luminosas y sugestivas cualidades docentes, su especial simpatía, su afable trato, su cordial "bonhomía"; en suma, todo lo que de noble y profundamente humano ha poseído y que hacen de nuestro ilustre huésped de esta noche, un médico, un catedrático, un escritor, un sabio, un francés y un hombre en su más cabal acepción.

A nuestros oídos llegaban los ecos de la obra magnífica que realizaba el insigne decano de la Facultad de Medicina de Paris, poniendo al servicio de esta ilustrísima casa de estudios, toda su inteligencia y todo su esfuerzo. Pendientes siempre de la marcha de ella, porque los médicos mexicanos nos sentimos, cual más cual menos, sus hijos espirituales, seguíamos con gran interés y con vivo aplauso los progresos que hacía bajo la dirección del profesor Roger. Y cuando regresaba de Paris alguno de nuestros colegas, más afortunado que nosotros, que había tenido la grata oportunidad de conocerlo, de tratarlo, de seguir sus enseñanzas, veíamos en su relato entusiasta dibujarse más claramente la fuerte, simpática y respetada figura del maestro francés y afirmábamos la honda impresión que éste había dejado en los que ya desde hace tiempo, desde lejos y a través de sus escritos y de sus libros, éramos sus fieles y respetuosos discípulos.

Porque, importante y valiosa como lo es la obra del decano honorario de la Facultad de Paris, del insigne catedrático y del sabio investigador, a quien la fisiología y la patología experimental deben tanto, es (por lo menos para muchos médicos mexicanos, entre ellos para mí) aún más rica en resultados provechosos y en influencia trascendente la obra que ha llevado a cabo el autor ilustre de la "Introduction à l'Etude de la Médecine", de los libros titulados "Alimentation et Digestion" y "Digestion et Nutrition" y, sobre todo, el director de obras magistrales, verdaderos clásicos de la medicina, que se llaman: "Nouveau Traité de Pathologie Générale", en colaboración con el gran Bouchard; "Nouveau Traité de Médecine", en colaboración con los profesores Widal y Teissier y otros muchos médicos franceses, y el novísimo "Traité de Physiologie Normale et Pa-

thologique", aun en publicación. Son estas obras, modelo de su género y admirables exponentes de la ciencia francesa. Por medio de ellas, el práctico aprende lo que le falta y lo pone al servicio de sus enfermos; el catedrático encuentra puntos de vista de gran interés y motivos constantes de inspiración; el investigador halla ocasión de rectificar sus juicios y de orientar sus trabajos en la forma más propicia, y todos se dan cuenta de que pocas obras tienen, como éstas, la claridad, la transparencia, la diafanidad, la luminosidad francesas; de que estos libros, verdaderos monumentos de la literatura médica contemporánea, nunca se harán caducos, porque si habrá siempre nuevos hechos o nuevos aspectos de la verdad, que podrán completarlos provechosamente, la sólida doctrina, el método riguroso, la forma impecable y la expresión adecuada, que los caracterizan, los tendrán siempre vivos y los harán siempre útiles.

Lástima que ni el tiempo de que dispongo ni la ocasión en que nos hallamos, sean propicios para hacer un análisis de estos tratados, porque sería la mejor manera de realzar, si fuere preciso todavía, la figura del maestro Roger. Os invito formalmente a celebrar su estancia entre nosotros, recordando lo que todos debemos a esos libros, en los que ha vaciado el rico caudal de su ciencia y de su experiencia. Estoy seguro de que no habrá ninguno, profesor o alumno, médico o investigador, que no se sienta deudor de algo hacia esas obras y a su insigne autor o director. Parece que, por medio de ellas, su cátedra se ha hecho universal, como lo han sido las de los grandes maestros de la medicina.

La "Introduction à l'Etude de la Médecine", que por algún tiempo usamos como guía del curso de patología general en la Facultad y que hemos dejado de utilizar por falta de nueva edición, debería ser una especie de Biblia Médica, porque en su reducido volumen, contiene lo esencial para iniciar a los estudiantes en el conocimiento de las ciencias médicas y para afianzar su vocación; lo más indispensable al médico para afirmar su criterio y para guiarlo en su práctica, y lo más necesario a todos para darse cuenta de la admirable unidad de los procesos biológicos, de los que constituyen el estado de salud como de los que forman el estado de enfermedad.

Y, por lo que toca a los admirables tratados en que el profesor Roger ha intervenido, lo menos que puede decirse de ellos es que

no puede concebirse biblioteca de médico, por modesta que sea, que no los tenga. Tanto es su valor y su utilidad. Si se considera el plan de ejecución, se admira la precisión con que fué trazado y su armónico y perfecto desarrollo; si se toman en cuenta los colaboradores y la manera como han desempeñado su cometido, se reconoce la perspicacia y el tino con que se les eligió, y si se leen y, sobre todo, se estudian las magistrales páginas que los enriquecen, se halla siempre en ellas la ilustración, las normas y el criterio que se necesitaban y buscaban. ¡Qué pocas obras médicas, no sólo francesas sino de otras nacionalidades, pueden ostentar tan merecidamente tamañas cualidades!

Y cuando se leen y meditan los capítulos debidos a la sabia y bella pluma del maestro que hoy saludamos, se comprueba que habrán de ser muy escasos los que puedan compartir con él la satisfacción de tener la influencia decisiva que dan a un autor las obras que no llegan nunca a tener la frialdad de lo escrito, porque, adunando la claridad de la forma a la profundidad de la idea, conservan caliente y expresiva la fuerza personal de quienes les dieron la vida, para provecho y satisfacción de los demás.

En particular, cuán valiosa es la introducción al estudio de la patología general, que como sólido y bello pórtico engalana el célebre tratado cuya publicación dirigieran el gran maestro Bouchard y su muy ilustre colaborador Roger. Tal introducción encierra en sus diversos capítulos: "La vida y la materia viva", "La enfermedad", "Medios de estudio de la patología", "Las leyes en medicina", "Nosología y nosografía", "La evolución en patología", "El médico", una admirable y fecunda síntesis, que debería ser conocida por todos, médicos y no médicos, y que a los que la conocen ha servido poderosamente, en la tranquilidad de la biblioteca o del laboratorio, en el ambiente severo de la cátedra o en el inquieto y fatigante ajetreo de la práctica. De mí sé decir, que mediante esa maravillosa introducción y las no menos notables nociones generales sobre las infecciones, que encabezan el "Nuevo Tratado de Medicina" de Roger, Widal y Teissier, es como pudo nacer en mi alma el afecto cordial, la devoción sincera y el respeto profundo que guardo hacia nuestro muy ilustre maestro.

¡Cómo quisiera poder disfrutar de tiempo para resumir en esta

solemne ocasión el magistral capítulo en que estudia al médico, al que "por su desinterés, su benevolencia y su celo debe inspirar la confianza a sus enfermos"; al que, "médico legista, da sus luces a la justicia"; al que, alienista e higienista, tiene a su cargo funciones sociales tan importantes; al que se ha convertido en el "consejero del legislador que reglamenta el trabajo de la fábrica, el colaborador del universitario que fija los programas de enseñanza"; que "en el hospital parece realizar sus más nobles misiones"; que, "como el soldado, afronta el peligro, sin ostentación ni debilidad, como hombre que cumple sencillamente con su deber"; que "por sus aptitudes, sus conocimientos, sus funciones, ha contribuído grandemente al progreso general, al aumento del bienestar, a la disminución de la enfermedad, del sufrimiento y de la mortalidad"! He usado, en esta brevísima síntesis de la personalidad del médico, las mismas palabras de Roger, y habeis oído cuán atinadas son. Sería utilísimo repetir también lo que dice en cuanto a las modificaciones que ha sufrido la consideración social que el público tenía a nuestra profesión, porque, dice textualmente, "el viento, en nuestra sociedad actual, se encarniza en desenraizar todo lo que sobresale del nivel medio".

Pero no resisto a transcribir íntegros los párrafos finales, en que, con meridiana claridad, se revela la noble y fuerte personalidad que honramos hoy: "A pesar de los obstáculos con los cuales tropieza, a pesar de sus paradas, de sus retrocesos o de sus desfallecimientos, la ciencia marcha con un paso más y más seguro y más y más rápido. Vacilante al principio, perturbada y detenida en su impulso por los dogmas religiosos o metafísicos, ha sabido desprenderse de estas trabas y ha emprendido su vuelo hacia la cima inaccesible en que reina la Verdad. Poco a poco hemos visto emerger de las brumas los horizontes nuevos. Poco a poco nuestro ojo se ha habituado a contemplar la luz. Poco a poco, nuestro espíritu ha comprendido la extensión de su poder y la grandeza de su destino". "La contemplación de los progresos realizados y que diariamente continúan, debe inspirarnos una fé absoluta en la Ciencia; sin duda no una fé ciega que haga aceptar todo sin crítica y sin control, que haga poner en el mismo plano los descubrimientos reales y las observaciones apresuradas, las concepciones fecundas y las hipótesis estériles. El sabio tiene el deber de comprobar, de emprender de nuevo, de repetir. Debe acoger con reserva los hechos nuevos mientras

no sean comprobados suficientemente. La duda científica es legítima. Pero, aún cuando trabajos posteriores demuestran la falsedad de ellos, algunos hechos erróneos han podido ejercer una influencia feliz y muchos hechos han conducido, por una ruta desviada, a un gran descubrimiento". "Los errores, las contradicciones, los tanteos, no deben disminuir nuestra fé. Para lanzarse a la investigación científica, para ensayar contribuir, en la medida de sus fuerzas, a la gran obra que se lleva a cabo, es preciso estar persuadido de que la humanidad mejora sin cesar; es necesario tener a la ciencia amor desinteresado; es preciso tener esperanza absoluta en el porvenir. Rompiendo el yugo de los prejuicios antiguos, la Ciencia está llamada a devolver a los hombres, después de un período de agitación y de angustia, la calma y la serenidad. Los liberará de los temores y de las esperanzas quiméricas, les impedirá prosternarse ante las fuerzas sobrenaturales e invocar su ayuda. Les enseñará que la humanidad lleva en sí su razón de ser: el trabajo es su medio, y el progreso su fin".

Página admirable, en que el médico y el catedrático dejan el lugar al escritor atildado, al sabio insigne, al filósofo sereno. Nos parece leer algún escrito de otros franceses que ocupan ya en el Olimpo de la Ciencia lugares escogidos. Se nos figura que han hablado Descartes y Claudio Bernard. Tales son la severidad del pensamiento, la claridad de la expresión, la profundidad de la idea, la fé en la ciencia, la esperanza en su influjo sobre la humanidad.

Señor Profesor Roger: Podeis ver en esta sala, presidiendo constantemente nuestras reuniones, la noble y austera figura de otro compatriota vuestro, grande como los más grandes, Pasteur. Formando parte de la galería de nuestros presidentes, podeis ver también la efigie de un médico francés, el doctor Ehrmann, que tomara parte activa en la fundación de esta compañía. Tal vez sepais que nuestra Academia se honra y se satisface de contar entre sus miembros honorarios a los insignes sabios Roux, Lagrange, Nicolle y Nolf, como lo fué el inolvidable maestro Gley. Y si tuvierais tiempo de conocer nuestra biblioteca, y, sobre todo, de hojear nuestra Gaceta Médica, podríais daros cuenta del lugar prominente que ocupan en la primera las obras francesas y de la influencia tan grande que, en los trabajos

de nuestros académicos, ha tenido siempre la ciencia francesa, es decir, la aportación maravillosa que los sabios de vuestro glorioso país han dado a la Ciencia y especialmente a las ciencias médicas. Todo esto os habrá de significar como las otras manifestaciones que seguramente habeis podido observar en estos días que llevais con nosotros, cuánto estimamos y amamos a Francia y de cuántas maneras nos sentimos ligados a ella los médicos mexicanos y especialmente los miembros de esta Academia Nacional de Medicina.

Por eso, porque sois ciudadano de esa república, donde incubaron los más grandes anhelos de libertad y democracia; porque sois portador estandarte insigne de la cultura francesa, que es una de las fuentes más ricas de la cultura mexicana; porque teneis tantos merecimientos y, entre ellos, el de haber sabido en tan pocos días, captarse nuestra viva y cálida simpatía y nuestro profundo respeto; y, sobre todo, porque mucho os debemos, ya que habeis sido nuestro insigne aunque lejano maestro: por todo ello, aceptad este homenaje y recibid el saludo cordial y devoto de esta Academia.

México, 16 de agosto de 1932.

Dr. Alfonso PRUNEDA.
